

El Calvario y la Misa

Por M. R. Mons. Fulton J. Sheen



EL CALVARIO Y LA MISA

UN AUXILIAR DEL MISAL

EL CALVARIO Y LA MISA

POR EL

M. R. MONS. FULTON J. SHEEN

Obispo auxiliar de Nueva York

Doctor en Filosofía, Teología, Derecho y Letras. Profesor agregado de Filosofía en la Universidad de Lovaina y en la Universidad Católica de América

TRADUCIDO DEL INGLÉS

POR EL

R. P. RAMON CALVO, S. I.

CUARTA EDICION

EDITORIAL «SAL TERRAE»

SANTANDER

1961

Imprimi potest:
DANIEL BALDOR, S. J.
Praep. Viceprov. Ant.

Nihil obstat:
DR. FRANCISCO PAJARES.
Censor.

Imprimatur:
† JOSEPHUS, EPISCOPUS SANTANDERIENSIS.

Impreso en España.

Depósito legal: S.A. 70—1961. N. Registro: S-44-1961.

Bedia. Santander.

DEDICADO
CON FILIAL AMOR Y GRATITUD
A
MARIA
MADRE DEL SACERDOCIO
DE SU
DIVINO HIJO

PROLOGO DEL TRADUCTOR

No vamos a hacer la presentación del Autor de este precioso librito. Es sobradamente conocida en el mundo la personalidad de Mons. Fulton J. Sheen, Obispo auxiliar de Nueva York, Director de las Obras Misionales Pontificias en Estados Unidos, admirado en todas partes por su extra-

ordinaria y fecunda labor como catedrático de la Universidad Católica de América, como apóstol de la radio-televisión, como pensador genial y atrayente, como autor de multitud de libros, en los que ha sabido juntar la profundidad de la doctrina filosófico-teológica con la amenidad del estilo, la viveza de la imaginación, la claridad y unción de la frase y el espíritu de caridad y comprensión para con todos los adversarios.

Tal vez es éste que traducimos uno de sus libros de menor volumen y menos conocido; pues, por su mismo asunto —la Santa Misa— su radio de difusión apenas puede extenderse fuera del campo católico; y, aun dentro de éste, sólo sabrán gustarle personas de sólida piedad, que deseen hacer del Santo Sacrificio el centro de su vida religiosa, convencidos de la influencia decisiva que en nuestra santificación ha de tener la Santa Misa, cuando se participa en ella con el mismo espíritu con que hubiésemos participado del Sacrificio del Calvario, cuando le celebró de modo cruento el Sumo Sacerdote, Cristo Jesús.

Por eso nos hemos decidido a traducirle; para que puedan los lectores de habla española gustar el pensamiento teológico y ascético de Mons. Sheen en una materia básica de la piedad cristiana, como le habrán gustado en otros asuntos psicológicos, morales y sociales en las traducciones ya existentes de "Peace of Soul", "Lift Up-Your Heart", "Communism and the Consciencie of the West".

De un modo artificioso y original, pero muy provechoso para la piedad, el Autor descubre en cada una de las Siete Palabras del Señor en la Cruz parte principal del Sacrificio de la Misa; y con su fácil estilo va exponiendo el sentido de

cada una de esas palabras en el Sacrificio de la Cruz y en su repetición, el Sacrificio del Altar; al mismo tiempo que invita a los fieles a revestirse de los afectos propios de cada uno de esos momentos, participando intensamente del Sacrificio de la Misa, de modo que ésta sea el inspirador y el alimento de nuestra vida interior.

Supone la doctrina segura de que solamente el sacerdote es el que consagra la Víctima Divina; pero insiste en el aspecto del ofrecimiento de la misma Víctima al Eterno Padre hecho litúrgicamente por el sacerdote y, mediante él y con él, por todo el pueblo fiel. A ese ofrecimiento li-

túrgico, hecho conjuntamente por el sacerdote y los fieles, añaden éstos muy laudablemente el ofrecimiento de sus propias vidas; sus oraciones, sus trabajos, sus sacrificios diarios, adquiriendo de ese modo una dignidad y un valor inmensos. Es la práctica fundamental del Apostolado de la Oración "en unión con las intenciones con que el Corazón de Jesús se inmola continuamente en el altar".

Por lo demás cuando el Autor exhorta a los fieles invitándoles a que sean "pequeñas hostias consagradas en el altar, a una con la Hostia grande, que es la Víctima Divina", bien se entiende

que emplea un hermoso lenguaje místico y simbólico, equivalente a la doctrina paulina de la necesidad de morir al viejo Adán para nacer hombres nuevos en Cristo.

Dígnese el Corazón Divino de Jesús bendecir este librito, como ha bendecido todos los demás de Mons. Sheen, con gran provecho de las almas.

La Habana, Fiesta de la Inmaculada Concepción, 1953.

PROLOGO

EL CALVARIO Y LA MISA

PROLOGO

Hay ciertas cosas en la vida que son demasiado bellas para olvidarse. Tal el amor de una madre. Por eso guardamos su fotografía como un tesoro. El amor de los soldados, que se sacrificaron por su patria, es igualmente demasiado hermoso para ser olvidado; y por eso reverencia-

mos su recuerdo en el "Día Memorial". Pero la más grande bendición que jamás descendió a este mundo fue la visita del Hijo de Dios en forma y en hábito de hombre. Su vida, sobre todas las vidas, es demasiado bella para olvidarse; y por eso guardamos como un tesoro la divinidad de sus *Palabras* en la Sagrada Escritura, y la caridad de sus *Obras* en nuestra acciones diarias. Desgraciadamente esto es todo lo que algunas almas recuerdan: concretamente, sus *Palabras* y sus *Obras*; y sin embargo, importantes como

ellas son, no son la mayor característica del Salvador Divino.

El acto más sublime en la historia de Cristo fue su *Muerte*. La muerte es siempre importante porque ella sella el destino. Todo hombre muriendo es una escena. Toda escena de muerte es una situación sagrada. Por eso la gran literatura antigua, que pintó las emociones anejas a la muerte, no ha pasado nunca de actualidad. Pero de todas las muertes que los hombres recuerdan ninguna fue más importante que la muerte de Cristo. Cualquier otro nacido en el mundo vino a él *para vivir*; nuestro Señor entró en él *para morir*. La muerte, piedra donde

se estrelló la vida de un Sócrates, fue para Cristo la corona de la vida. El mismo nos dijo que había venido al mundo "a dar su vida para la redención de muchos; que nadie podía arrebatarse la vida; pero que El la entregaría de su propia voluntad".

Si, pues, la Muerte fue el momento supremo para el cual vivió Cristo, eso fue precisamente lo único que El mostró deseo de que nosotros recordásemos. No pidió que se consignasen por escrito sus Palabras en la Escritura; no pidió que se recordase en la Historia su bondad para con los pobres; pero sí pidió que los hombres recordasen su Muerte. Y para que su recuerdo

no fuese una narración arbitraria por parte de los hombres, El mismo instituyó el modo concreto como había de ser conmemorada.

El memorial fue instituído la noche antes de su muerte, durante lo que se ha llamado desde entonces "La Ultima Cena". Tomando el pan en sus manos dijo: "Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros"; esto es, entregado a la muerte. Después dijo sobre el cáliz del vino: "Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados". "Así, pues, en un símbolo incruento de separación entre la Sangre y el Cuerpo, consistente en la consagración separada del Pan y

del Vino, se comprometió a sí mismo al sacrificio delante de Dios y de los hombres, y representó su Muerte que sucedería a las tres de la tarde del día siguiente (1).

(1) “La muerte se nos representa simbólicamente por medio de esta separación sacramental entre el cuerpo y la sangre; pero la muerte, al mismo tiempo, ya se daba en prenda a Dios por todo su valor, tan bien como en toda su tremenda realidad, con el expresivo lenguaje del Sagrado Símbolo. El precio de nuestros pecados se entregaría en el Calvario; pero aquí nuestro Redentor contraía la obligación y la suscribía con su propia sangre.”
(MAURICE DE LA TAILLE, S. J., *Catholic Faith in the holy*

Se ofrecía a sí mismo como Víctima para ser inmolada; y, para que los hombres no pudiesen olvidar jamás que “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”, dio el divino encargo a la Iglesia: “Haced esto en memoria mía”.

Al día siguiente, lo que había prefigurado y anunciado lo realizó con toda su perfección cuando fue crucificado entre dos ladrones y su Sangre se separó toda de su Cuerpo para la redención del mundo.

La Iglesia, que Cristo fundó, no sólo conservó la Palabra que El habló y las maravillas que El obró, sino que le ha obedecido cuidadosamente

en lo que dijo: “Haced esto en memoria mía”. Y esta acción, por la cual nosotros volvemos a actuar su Muerte en la cruz, es el Sacrificio de la Misa, en la que nosotros hacemos, como en

Eucharist. p. 115.) “No hubo allí propiamente dos completos y diferentes sacrificios ofrecidos por Cristo, uno en el Cenáculo y otro en el Calvario. Hubo un Sacrificio en la Última Cena; pero éste fue el Sacrificio de la Redención; y hubo un Sacrificio en la Cruz, pero éste fue el mismo Sacrificio continuado y completado. La Cena y la Cruz forman un Sacrificio completo.” (MAURICE DE LA TAILLE, S. J., *The Mystery of Faith and Human Opinion.* p. 232.)

recuerdo, lo que El hizo en la Última Cena como en figura de su Pasión (2).

Por eso la Misa es para nosotros el acto cumbre del culto cristiano. El púlpito, en el cual se repite la palabra de nuestro Señor, no nos une con El; el coro, en que resuenan suaves melodías, no nos aproxima más a su Cruz que a sus vestiduras. Un templo sin el altar del Sacrificio no existe entre los pueblos primitivos y no tiene sentido entre los cristianos. Y así en la Iglesia Católica *el altar* y no el púlpito, o el coro, o el órgano, es el centro del culto; porque en él se celebra el memorial de su Pasión. Su valor no

(2) “El ofreció la Víctima para ser inmolada; nosotros la ofrecemos ya inmolada entonces. Ofrecemos la Víctima Eterna de la Cruz, sacrificada una vez y siempre perdurable... La Misa es un sacrificio porque es nuestra oblación de la Víctima ya Inmolada, como en la Cena fue la oblación de la Víctima que iba a ser sacrificada.” *Ibíd.*, pp. 239, 240. La Misa es no sólo una conmemoración, es una representación viviente del Sacrificio de la Cruz: “En este Divino Sacrificio que se realiza en la Misa se contiene e inmola de un modo incruento el mismo Cristo que se ofreció una vez por todos de modo sangriento sobre la Cruz. Es una sola y la misma Víctima, uno y el mismo Sumo Sacerdote, que hace el ofrecimiento por medio de sus sacerdotes de hoy después de haberse ofrecido a sí mismo sobre la Cruz ayer. Sólo el modo de la oblación es distinto.” (*Concilio Tridentino. Sess. 22.*)

depende de aquel que le dice o de aquel que le oye; dependen de aquel que es el Unico Gran Sacerdote y Víctima, Jesucristo Nuestro Señor. Con el cual estamos unidos a pesar de nuestra nada; en cierto sentido perdemos nuestra individuación por un momento; unimos nuestro entendimiento y nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestra alma, nuestro cuerpo y nuestra sangre tan íntimamente con Cristo, que el Padre Celestial mira, no tanto *a nosotros* con nuestra imperfección, sino más bien a nosotros en El, su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias. La Misa es por esta razón el más grande acontecimiento de la Humanidad; el úni-

co Acto Santo que aparta la ira de Dios de un mundo pecador, porque levanta la Cruz entre el cielo y la tierra, renovando así el momento decisivo en que nuestra triste y trágica humanidad pasó de repente a la plenitud de la vida sobrenatural.

Lo que importa en este punto es que adoptemos la actitud mental exacta con relación a la Misa, y recordemos este hecho trascendental, que el Sacrificio de la Cruz es no sólo algo que aconteció hace diecinueve siglos. Está aconteciendo aún. No es algo pasado, como la firma de la Declaración de la Independencia. Es un drama permanente del cual no se ha bajado aún el telón.

No pensemos que sucedió hace mucho tiempo, y por tanto que no tiene con nosotros más relación que cualquier otra cosa sucedida en el pasado. *El Calvario pertenece a todos los tiempos y a todos los lugares.* Por eso cuando nuestro Señor subió a las alturas del Calvario fue significativamente despojado de sus vestiduras. Quiso salvar al mundo sin los arreos de un mundo que pasa. Sus vestiduras pertenecían al tiempo, porque lo localizaban, lo determinaban como un ciudadano de Galilea. Ahora, que había sido despojado de ellas y enteramente desposeído de todas las cosas terrenas, pertenecía no a Galilea, no a una provincia Romana, sino al mundo. Se ha-

bía convertido en el pobre de todo el universo; pertenecía no a un pueblo, sino a todos los hombres.

Para significar con más fuerza la universalidad de la Redención, la Cruz fue erigida en la encrucijada de la civilización, en un punto central en medio de tres grandes culturas, de Jerusalén, Roma y Atenas, en cuyos nombres El había sido crucificado. La Cruz, pues, fue fijada ante los ojos de los hombres para detener a los despreocupados, atraer a los aturcidos, levantar a los mundanos. Fue el único hecho ineludible que la cultura y civilización de su tiempo no pudieran soslayar. Y es también el único hecho

ineludible de nuestros días que no podemos menos de enfrentar.

Las figuras de la Cruz fueron símbolos de todos los que crucifican. Allí estuvimos en nuestros representantes. Lo que hacemos ahora con el Cuerpo Místico de Cristo, lo hicieron ellos, en nuestro nombre, con el Cristo histórico. Si sentimos envidia del bien ,allí estábamos en los Escribas y Fariseos.. Si tememos perder ventajas temporales por abrazar la Divina Verdad y el Divino Amor, allí estábamos en Pilato. Si confiamos en las fuerzas humanas y buscamos triunfar por medios materiales en vez de los espirituales, allí nos representaba Herodes. Y así

se repite la Historia en los típicos pecados del mundo. Todos ellos nos ciegan para reconocer el hecho de que El es Dios. Había, pues, algo inevitable en la Crucifixión. Los hombres, que fueron libres para pecar, fueron también libres para Crucificar.

Mientras haya pecado en el mundo, la Crucifixión es una realidad. Como realzó el Poeta:

Con corona de espinas en la frente
a Dios, Hijo del Hombre, pasar veo.

“Pero... ¿No estaba todo,
Señor, ya consumado?”, le requiero.

“¿No habías para siempre terminado
angustias y tormentos?”

¡Qué temblor cuando a mí tornó sus ojos!

“¿No entiendes tú el misterio?

Ves: Cada corazón es un Calvario,
cada pecado un Leño.”

Estuvimos, pues, allí durante la Crucifixión. El drama se completó ya hasta donde la visión de Cristo abarcaba; pero todavía no se ha representado ante todos los hombres, en todos los lugares, en todos los tiempos.

Si, por ejemplo, un rollo de película fuera consciente de sí mismo conocería el drama desde el principio hasta el fin, pero los espectadores en el teatro no le conocerían hasta que le hubieran visto desarrollado en la pantalla. De ma-

nera semejante nuestro Señor en la Cruz vio en su mente divina el drama entero de la Historia, la historia de cada alma en particular, y cómo más tarde reaccionaría ante su Crucifixión; pero, aun cuando El lo vio todo, nosotros no podemos conocer cómo reaccionaríamos ante la Cruz hasta que no nos desenvolvieremos en la pantalla del tiempo.

No éramos conscientes de estar presentes en el Calvario aquel día, pero El sí estaba consciente de nuestra presencia. Hoy conocemos el papel que representamos entonces en el teatro del Calvario por el modo como vivimos y actuamos ahora en el teatro del siglo XX.

Por eso el Calvario es actual; por eso la Cruz es crisis; por eso, en cierto sentido, las llagas siguen abiertas; por eso el dolor sigue deificado, y la sangre, como estrellas que caen, está aún cayendo sobre nuestras almas. No hay huída de la Cruz; ni negándole, como hicieron los fariseos; ni vendiéndole, como Judas; ni aun crucificándole, como hicieron los verdugos. Todos la vemos: o abrazarla para la salvación, o huir de ella para la desgracia.

Pero, ¿cómo se hace eso visible? ¿Cómo encontraremos el Calvario perpetuado? Encontraremos el Calvario revalidado, renovado, representado, como lo hemos dicho, en la Santa Misa.

El Calvario es uno con la Misa, y la Misa es una con el Calvario, porque en ambos es el mismo el Sacerdote y la Víctima. Las siete últimas palabras son como las siete partes de la Misa. Y justamente como en música hay siete notas que admiten una infinita variedad de armonías y combinaciones, así también en la Cruz hay siete divinas notas que Cristo muriendo hizo sonar para los siglos, y todas ellas se combinan para formar la bella armonía de la Redención del mundo.

Cada palabra es una parte de la Misa. La Primera Palabra, "Perdónales", es el Confiteor. La Segunda Palabra, "Hoy estarás en el Paraíso", es el Ofertorio. La Tercera Palabra, "He

ahí a tu Madre”, es el Sanctus. La Cuarta Palabra, “¿Por qué me has abandonado?”, es la Consagración. La Quinta Palabra, “Tengo sed”, es la Comunión. La Sexta Palabra, “Todo se ha acabado”, es el Ite, Missa est. La Séptima Palabra, “Padre, en tus manos”, es el último Evangelio.

Imagínate, pues, al Sumo Sacerdote, Cristo, dejando el Santuario del cielo por el altar del Calvario. Ya se ha puesto las vestiduras de nuestra humana naturaleza, el manípulo de nuestros sufrimientos, la estola del sacerdocio, la casulla de la Cruz. El Calvario es su catedral; la roca del Calvario la piedra del altar; el sol volviéndose

rojo es la lámpara del santuario; María y Juan los altares laterales vivientes; la hostia es su Cuerpo, el vino es su Sangre. Está erguido como Sacerdote, y sin embargo postrado como Víctima: Su Misa va a comenzar.

PARTE PRIMERA

EL CONFITEOR

“Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.”

(LUC. 23, 24.)

La Misa comienza con el Confiteor. El Confiteor es una plegaria en la que, confesamos nuestros pecados y pedimos a nuestra Madre Santísima y a los Santos que intercedan ante Dios por nuestro Perdón, ya que sólo los limpios de corazón pueden ver a Dios. Nuestro Señor comienza

su Misa con el Confiteor, pero su Confiteor difiere del nuestro en esto: que El no tiene pecados que confesar. Es Dios, y por lo mismo es impecable. “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?” Su Confiteor, pues, no puede ser una súplica de perdón de sus pecados; pero puede ser una súplica de perdón por los nuestros.

Otros hubiesen gritado, maldecido, luchado al sentir sus pies y manos atravesados por los clavos. Pero la venganza no tiene lugar en el pecho del Salvador; ni una súplica brota de sus labios

para castigo de los asesinos; ni exhala una oración pidiendo fortaleza para llevar su dolor. El Amor Encarnado olvida la injuria; olvida el dolor; y, en este momento de agonía concentrada, manifiesta solamente algo de la altura, la anchura y la profundidad del maravilloso amor de Dios, mientras dice su Confiteor: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

No dijo "perdóname", sino "perdónalos". El momento de la muerte era ciertamente el más a propósito para hacer la confesión del pecado; porque la conciencia, en las últimas solemnes horas, impone su autoridad; y sin embargo, ni una señal de arrepentimiento asoma en sus la-

bios. Estaba asociado con los pecadores, pero jamás asociado con el pecado. Ni en la muerte ni en la vida tuvo jamás conciencia del menor incumplimiento del deber para con su Padre Celestial. ¿Y por qué? Porque un hombre impecable no es solo hombre; es más que un mero hombre. Es impecable porque es Dios. Y en eso está la diferencia. Nosotros sacamos nuestras oraciones de las profundidades de nuestra conciencia del pecado: y El sacaba su silencio de su propia impecabilidad intrínseca. Esta sola palabra "Perdónales" prueba que El es el Hijo de Dios.

Reparad en el motivo en que se apoya para pedir a su Padre Celestial que nos perdone: "Por-

que no saben lo que hacen". Cuando alguien nos injuria o nos culpa sin razón, decimos, "lo hizo a conciencia"; pero cuando pecamos contra Dios, El halla una excusa para el perdón: nuestra ignorancia.

No hay redención para los ángeles caídos. Las gotas de sangre que cayeron de la Cruz el Viernes Santo en la Misa de Cristo, no alcanzaron a los espíritus de los ángeles rebeldes. ¿Por qué? Porque *supieron lo que hacían*. Vieron todas las consecuencias de sus actos con la misma evidencia con que nosotros vemos que dos y dos son cuatro, o que una cosa puede no existir y existir al mismo tiempo. Verdades de esta

naturaleza cuando han sido así entendidas no pueden retractarse; son irrevocables y eternas. Por consiguiente, determinar rebelarse contra el Dios Todopoderoso equivalía a tomar una decisión irrevocable. Conocieron lo que hacían.

Con nosotros es diferente. No vemos las consecuencias de nuestros actos tan claras como los ángeles; somos más débiles; somos ignorantes. Pues si conociéramos que cada pecado de soberbia teje una corona de espinas para la frente de Cristo; si conociéramos que cada contradicción a sus divinos Mandamientos labra para El la Cruz; si supiéramos que cada acto de la avariciosa codicia taladra sus manos y cada jornada

en los antros del pecado clava sus pies; si conociéramos lo bueno que es Dios y todavía siguiéramos pecando, jamás nos salvaríamos. Es solamente nuestro desconocimiento del infinito amor del Sagrado Corazón lo que nos introduce dentro del ámbito de su Confiteor en la Cruz.

Estas palabras, gravémoslo profundamente en nuestras almas, no constituyen una excusa para continuar pecando, sino un motivo de contrición y penitencia. El perdón no es negación del pecado. Nuestro Señor no niega el hecho espantoso del pecado. Y en esto se engaña el mundo moderno. Se desentiende del pecado: lo adscribe a una falla en el proceso evolutivo, a reli-

quias de los antiguos tabús; lo identifica con las teorías psicológicas.

En una palabra, el mundo moderno niega el pecado. Nuestro Señor nos recuerda que es la más terrible de todas las realidades. Si así no fuera ¿por qué carga con una Cruz al impecable? ¿Por qué derrama la sangre inocente? ¿Por qué ahora el pecado se levanta a sí mismo fuera del dominio de lo impersonal y se afirma como personal clavando a la Inocencia en un patíbulo? ¿Por qué tiene tan odiosos compañeros: la ceguera, los compromisos, la cobardía, los odios y la crueldad? Una abstracción no hace esto; pero puede hacerlo un hombre pecador.

Por eso el Señor que amó al hombre hasta la muerte, permitió al pecado ejercer su venganza contra El; para que los pecadores pudieran comprender siempre la malicia del pecado viendo en ella la causa de la crucifixión de Aquel que más les había amado.

No hay negación del pecado. Y sin embargo, a pesar de toda su malicia, la Víctima perdona. En el mismo único hecho se muestra la gran maldad del pecado y el sello del perdón divino. Desde ahora ningún hombre puede mirar al crucifijo y decir que el pecado no es grave, como tampoco puede decir jamás que no puede ser perdonado. Por lo que sufrió demostró la gravedad del pe-

cado; por el modo cómo lo sufrió mostró su misericordia para con el pecador.

Es la Víctima que sufrió la que perdona; y en esta combinación de una Víctima tan humanamente bella, tan divinamente amante, tan absolutamente inocente, halla un gran crimen y un mayor perdón. Bajo el refugio de la sangre de Cristo pueden cobijarse los mayores pecadores, porque hay poder en esta sangre para hacer retroceder las mareas de la venganza que amenaza sumergir al mundo.

El mundo os presentará el pecado como inexistente. Pero sólo en el Calvario experimenta-

réis la Divina contradicción del pecado perdonado. En la Cruz, el amor divino e infinitamente generoso se apoyó en el pésimo acto del pecado de los hombres para la acción más noble y la más dulce plegaria, que ha visto y oído jamás el mundo, el Confiteor de Cristo: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”.

La palabra “perdónales” que salió de la Cruz este día, cuando el pecado alcanzó su máxima violencia y cayó derrotado por el amor, no se extinguió con su eco. No mucho antes el mismo misericordioso Salvador había tomado medios para prolongar el perdón a través del espacio y del tiempo, hasta la consumación del mundo. Con-

gregando al núcleo de su Iglesia en torno suyo, dijo a sus Apóstoles: “Los pecados de aquellos a quienes perdonareis, serán perdonados”.

En todas partes del mundo los Sucesores de los Apóstoles tienen hoy el poder de perdonar. Y nosotros no vamos a preguntar: ¿cómo puede un hombre perdonar los pecados? Porque sabemos que el hombre no puede perdonar los pecados. Pero Dios puede perdonarlos *por medio* del hombre; pues ¿no fue este el modo como Dios perdonó a sus verdugos en la Cruz, esto es, a través del instrumento de su naturaleza humana? ¿Por qué, pues, no ha de ser razonable que

El siga perdonando los pecados a través de otras naturalezas humanas, a las cuales dio ese poder? ¿Dónde hallar esos hombres?

Conocéis la fábula de la caja que durante largo tiempo fue ignorada y hasta ridiculizada como de ningún valor: pero un día se abrió y se halló dentro el gran corazón de un Gigante. En toda la Iglesia Católica existe esta caja. La llamamos el confesonario. Ignorado y ridiculizado por muchos; pero en él se halla al Sagrado Corazón del perdonador Cristo, perdonando los pecados a través de la mano levantada de su sacerdote, como una vez perdonó a través de sus pro-

pias manos levantadas en la Cruz. Sólo hay un perdón, el perdón de Dios; sólo hay un “Perdónales”, el “Perdónales” de un Acto eterno y divino, con el cual entramos en contacto durante varias ocasiones de la vida.

Como el aire está lleno de sinfonías y discursos pero no los oímos mientras no los sintonizamos en nuestras radios, así jamás las almas sentirán la alegría de este eterno y divino “Perdónales”, mientras no sintonicen con él en el tiempo; y el Confesonario es el lugar donde sintonizamos con el clamor de la Cruz; “Perdónales”.

Quiera el Señor que nuestra mente moderna, en vez de negar la culpabilidad, mire a la Cruz,

confiese su culpa y busque perdón; ojalá aquellos que tiene conciencias intranquilas, que les ensombrecen en la luz y les persiguen en las tinieblas, busquen alivio, no en el plano de la medicina, sino en el de la divina justicia; ojalá aquellos que hablan de los oscuros secretos del alma lo hagan, no con aire de soberbia, sino con sentimiento de contrición; ojalá aquellos pobres mortales, que derraman lágrimas en silencio, hallen una mano perdonadora que las enjugue.

Esto tendrá que ser siempre lo cierto; que la mayor tragedia de la vida no es lo que acontece a las almas, sino lo que las mismas almas yerran.

Y ¿qué mayor tragedia que perder la paz de sentir el pecado perdonado? El Confiteor a los pies del altar es el reconocimiento de nuestra indignidad; el Confiteor de la Cruz es nuestra esperanza de perdón y absolución. Las heridas del Salvador fueron terribles, pero la peor herida de todas sería olvidarnos de que nosotros fuimos sus únicos causantes. El Confiteor puede salvarnos de esto, porque es el reconocimiento de que hay algo que debe ser perdonado; y más de lo que jamás conoceremos...

Hay una historia que habla de una religiosa que un día limpiaba en la capilla una pequeña imagen de nuestro Señor. Mientras hacía su tra-

bajo la dejó caer en el suelo. La levantó sin que hubiese sufrido desperfecto, la besó y la puso de nuevo en su sitio, diciendo: "Si no hubieses caído nunca habrías recibido esto". No me maravillo si nuestro Señor siente lo mismo hacia nosotros; porque "si nunca hubiésemos pecado, nunca le llamaríamos "Salvador".

PARTE SEGUNDA

EL OFERTORIO

“En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.”

(Luc. 23, 43.)

Este es el momento del ofertorio de la Misa, pues nuestro Señor se está ofreciendo a su Padre Celestial. Pero para recordarnos que no se ofreció solo sino en unión con nosotros, juntó con

su ofertorio el alma del ladrón de la derecha. En un golpe maestro de malicia, le crucificaron entre dos ladrones para que su ignominia fuese completa. Anduvo en medio de los pecadores durante su vida, y por eso ahora le cuelgan entre ellos a su muerte. Pero El cambió el cuadro y convirtió a los dos ladrones en símbolo de las ovejas y de los cabritos que estarán a su derecha y a su izquierda, cuando El venga en las nubes del cielo con su Cruz, entonces gloriosa, a juzgar a los vivos y a los muertos.

Al principio los ladrones le insultaban y blasfemaban; pero uno de ellos, que la tradición lla-

ma Dimas, volvió su cabeza para contemplar la mansedumbre y la dignidad del rostro del Salvador crucificado. Como un carbón arrojado en el fuego se transforma en ascua brillante y resplandeciente, así el alma negra de este ladrón, arrojada en los fuegos de la crucifixión, se inflamó en amor del Corazón Sagrado.

Cuando el ladrón de la izquierda decía: “Si eres el Cristo sálvate y sálvanos”, el ladrón arrepentido le increpó exclamando: “¿Ni tú temes a Dios viéndote bajo la misma condena?” “Y nosotros ciertamente con justicia porque recibimos la paga debida a nuestras obras; pero éste, ¿qué mal ha hecho?” Luego, el mismo ladrón le diri-

gió un ruego, no suplicando un lugar entre los poderosos, sino solamente el favor de no ser olvidado: “Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reino”.

Tal fe y tal arrepentimiento no van a quedar sin recompensa. Y en unas circunstancias en que el poder de Roma no logró hacerle hablar, cuando los amigos pensaron que todò estaba perdido y los enemigos que todo estaba ganado, nuestro Señor rompió el silencio. El que era acusado se convirtió en Juez, y el crucificado se tornó en Divino Asesor de las almas cuando contestó el ladrón penitente con estas palabras: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Este día, en que di-

ces la primera y última plegaria; hoy, tú estarás conmigo y donde yo estoy; esto es, en el paraíso.

Con estas palabras, Nuestro Señor, que se estaba ofreciendo a su Padre Celestial como la Gran Hostia, une consigo en la patena de la Cruz, la primera hostia pequeña ofrecida en la Misa —Hostia de un ladrón arrepentido— un tizón sacado de la hoguera; una gavilla arrancada de la cosecha terrena; el trigo triturado en el molino de la crucifixión y hecho pan para la Eucaristía.

Nuestro Señor no sufre solo en la Cruz, sufre con nosotros. Por eso unió el sacrificio del la-

drón con el suyo propio. Esto es lo que significa San Pablo cuando dice que debemos llenar aquello que falta en los sufrimientos de Cristo. No significa que Nuestro Señor en la Cruz no sufrió todo lo que pudo. Significa, más bien, que el Cristo histórico, físico, sufrió cuanto pudo sufrir en su naturaleza humana; pero que el Cristo Místico, que es Cristo y nosotros, no ha sufrido hasta *nuestra* plenitud de sufrimiento. No todos los demás buenos ladrones de la historia del mundo han reconocido ya su culpa y pedido su recuerdo. Nuestro Señor está ahora en el Cielo. Por tanto no puede sufrir más en su naturaleza humana pero puede sufrir más en las nuestras.

Así, se dirige a otras naturalezas humanas; a la tuya, a la mía, y nos pide que hagamos lo que hizo el buen ladrón, esto es, que nos incorporemos a El en la Cruz, para que, participando en su crucifixión, podamos también participar en su Resurrección; para que hechos participantes de su Cruz, podamos ser también participantes de su Gloria en el Cielo.

Como nuestro Divino Señor en aquel día escogió al ladrón como pequeña hostia de sacrificio, así hoy nos escoge a nosotros como otras pequeñas hostias, unidas con la suya en la patena del altar.

Volved los ojos de vuestra mente a la Misa,

a cualquier Misa de las que se celebraban en los primeros siglos de la Iglesia, antes de que la civilización se volviese totalmente financiera y económica. Si asistiéramos al Santo Sacrificio en la Iglesia primitiva, llevaríamos al altar cada mañana pan y vino. El sacerdote tomaría un trozo de aquel pan sin levadura y un poco de aquel vino para el Sacrificio de la Misa. El resto lo pondría aparte, lo bendeciría y los distribuiría entre los pobres. Actualmente no llevamos el pan y el vino. Damos lo equivalente; aquello con que compramos el pan y el vino. Por eso la colecta en el Ofertorio.

¿Por qué llevamos a la Misa el pan, el vino

o el equivalente? Llevamos el pan y el vino porque esas dos cosas, entre todas las de la naturaleza, son las que mejor representan la esencia de la vida. El trigo es como el meollo de la tierra y los racimos como su verdadera sangre y ambos nos proporcionan a nosotros el cuerpo y la sangre de la vida. Llevando esas dos cosas, que nos dan la vida, que nos nutren, *equivalentemente nos llevamos a nosotros mismos al Sacrificio de la Misa.*

Nosotros, pues, estamos presentes en todas y en cada una de las Misas bajo las apariencias de pan y vino, que representan simbólicamente

nuestro cuerpo y nuestra sangre. No somos espectadores pasivos, como podemos serlo en un teatro contemplando el espectáculo, sino que estamos ofreciendo nuestra Misa con Cristo. Si algún cuadro pinta adecuadamente nuestro papel en el drama es éste: Una gran cruz se alza ante nosotros en la cual está tendida la Gran Víctima, Cristo. Alrededor de la colina del Calvario están nuestras pequeñas cruces, en las cuales nosotros, las pequeñas hostias, vamos a ofrecernos. Cuando Nuestro Señor va a su Cruz, nosotros vamos a nuestras pequeñas cruces y nos ofrecemos a nosotros mismos en unión con El, como una oblación pura, al Padre Celestial.

En este momento nosotros cumplimos literalmente el mandato del Señor hasta en su mínimo detalle: “Toma tu cruz cada día y sígueme”. Al hacerlo así no nos pide algo que El no haya hecho primero. Ni sirve de excusa el decir: “Yo soy una pobre hostia sin valor”. Así era el ladrón.

Notad que hubo dos actitudes en el alma de aquel ladrón que le hicieron agradable a Nuestro Señor. Fue la primera el *reconocimiento del hecho*: él merecía lo que estaba sufriendo, no así Jesucristo, que, impecable, no merecía la Cruz. En otros términos, era un arrepentido. La segunda fue *la fe* en aquel que los hombres recha-

zaban, pero que el ladrón reconoció como el verdadero Rey de los Reyes.

¿Con qué condiciones seremos pequeñas hostias en la Misa? ¿Cómo nuestro sacrificio vendrá a ser uno con el de Cristo y tan aceptable como el del ladrón? Solamente reproduciendo en nuestras almas las dos actitudes del alma del ladrón: *penitencia y fe*.

Ante todo, debemos ser *penitentes* con el ladrón y exclamar: "Yo merezco el castigo por mis pecados. Yo necesito sacrificio". Algunos de nosotros no conocemos cuán malos e ingratos somos para con nuestro Dios. Si lo fuimos, no deberíamos quejarnos de los golpes y penas de la vida.

Nuestras conciencias se parecen a las habitaciones cerradas, largo tiempo sin luz. Descorremos las cortinas y ¡ay! que en todas partes donde pensábamos que estaba limpio ahora encontramos polvo.

Algunas conciencias están tan cegadas con excusas, que rezan como el Fariseo: “Te doy gracias, ¡oh Señor!, porque yo no soy como el resto de los hombres...” Otros blasfeman del Dios del cielo por sus penas y pecados; pero no se arrepienten. La Guerra Mundial, por ejemplo, estaba destinada a enseñarnos que no podemos seguir sin Dios; pero el mundo rehusó la lección. Como el ladrón de la izquierda, rehusa ser peni-

tente; rehusa ver la relación de justicia entre el pecado y el sacrificio, entre la rebelión y la cruz.

Pero cuanto más nos vemos como somos más decimos con el buen ladrón: "Yo merezco esta cruz". No quiso excusarse, no quiso que se le declarase sin pecado, no quiso que se eximiera del castigo, no pidió ser bajado. Sólo quiso ser perdonado. Estaba deseoso de ser siquiera pequeña hostia en su pequeña cruz; pero eso fue porque era penitente. No se nos ha concedido otro camino para ser pequeñas hostias con Cristo en la Misa que el de quebrantar nuestros corazones con el dolor; pues mientras no admitamos

que estamos enfermos ¿cómo podremos sentir la necesidad de la curación?; mientras no nos duela nuestra parte en la crucifixión, ¿cómo podemos rogar que se nos perdonen nuestros pecados?

La segunda condición para convertirnos en hostias en el Ofertorio de la Misa es *la fe*. El ladrón miró por encima de la cabeza de nuestro Divino Señor y vio un letrero que decía REY. ¡Extraño Rey aquel! Por corona, espinas. Por púrpura real, su propia sangre. Por trono, la cruz. Por cortesanos, verdugos. Por coronación, crucifixión. Y a pesar de eso, en el fondo de toda aquella escoria el ladrón descubrió el oro; en medio de todas aquellas blasfemias, él rezó.

Fue su fe tan fuerte que quedó contento con permanecer en la cruz. El ladrón de la izquierda pidió ser bajado; el de la derecha no. ¿Por qué? Porque éste conoció que hay más grandes males que los de la crucifixión y otra vida más allá de la cruz. Tuvo fe en el hombre de la Cruz central que hubiera podido convertir las espinas en guirnaldas y los clavos en capullos si hubiera querido; pero tuvo fe en el Reino detrás de la Cruz, reconociendo que los sufrimientos de este mundo no pueden compararse con las alegrías que han de venir. Con el Salmista su alma clamó: "Aun cuando anduviese en las tinieblas y en las sombras

de la muerte no temeré, porque tú estás conmigo”.

Fue su fe parecida a la de los tres jóvenes en el horno de fuego, a quien el Rey Nabucodonosor mandó adorar la estatua de oro. Su respuesta fue: “El Dios a quien adoramos nos puede salvar del horno del fuego abrasador y librarnos de tus manos ¡oh Rey! Pero si no quisiera, sábetete, ¡oh Rey!, que nosotros no adoraremos tus dioses, no adoraremos la estatua de oro que tú has levantado”. Notad que no piden a Dios que los libre del horno del fuego, aun cuando reconocen que puede hacerlo: “porque él puede salvarnos del horno del fuego abrasador”. Se arrojan total-

mente en las manos de Dios, y, como Job, confiaban en El.

De igual manera procedió el buen ladrón: Conoció que nuestro Señor podía librarle. Pero no le rogó que lo bajara de la Cruz. Porque Nuestro Señor mismo no bajó aun cuando la turba le retase a ello. El ladrón sería una hostia pequeña hasta el final mismo de la Misa si fuera necesario.

No significó esto que el ladrón no amase la vida. La amaba tanto como nosotros. Quería la vida, y una vida larga y la encontró; porque ¿qué vida es más larga que la Vida eterna? A todos y a cada uno de nosotros nos es dado en igual

manera descubrir la vida eterna. Pero no hay otro camino para entrar en ella que el de la penitencia y el de la fe que nos unen a aquella Gran Hostia, Sacerdote y Víctima, Cristo. Así nos convertimos en ladrones espirituales de nuevo y, como el primero, arrebatamos el cielo.

PARTE TERCERA

EL SANCTUS

“Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu madre.”
(Jo. 19, 26-27.)

Hace cinco días nuestro Divino Señor hizo su entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén: Triunfantes aclamaciones resonaban en sus oídos; las palmas alfombraban su paso mientras atro-

naban el aire los hosannas al Hijo de David y alabanzas al Santo de Israel. A los que hubieran querido hacer callar aquellas demostraciones en su honor recordó nuestro Señor que, si aquellas voces callaban, gritarían hasta las piedras. Fue el nacimiento de las Catedrales Góticas.

Ellos no conocieron la verdadera razón por la cual le llamaban *santo*; quizá ni entendieron por qué aceptaba el tributo de su alabanza. Pensaron que le estaban proclamando como a Rey terrenal. Pero El aceptaba sus demostraciones porque iba a ser Rey de un imperio espiritual. Aceptó sus homenajes, sus hosannas, sus himnos de alabanza

porque iba a su Cruz como Víctima. Y cada Víctima debe ser Santa: "Santo, Santo, Santo". Cinco días después llegó el Sanctus de la Misa del Calvario; pero en aquel Sanctus de su Misa, El no dice: "Santo"; habla a unos Santos. No musita el "sanctus", se dirige a Santos: a su dulce Madre, María; y a su amado discípulo, Juan.

Conmovedoras son estas palabras: "Mujer, he ahí a tu hijo... he ahí a tu madre". Ahora hablaba a los Santos. No tenía necesidad de intercesión santa porque El era el Santo de Dios. Pero nosotros tenemos necesidad de santidad porque toda víctima de la Misa debe ser santa,

inocente, impoluta. ¿Y cómo podemos ser santos participantes del Sacrificio de la Misa? El nos dio la respuesta: concretamente poniéndonos bajo la protección de su Divina Madre. Se dirige a la Iglesia y a todos sus miembros en la persona de Juan, y dice a cada uno de nosotros: "He ahí a tu Madre". Por eso se dirigió a ella no como a *Madre*, sino como a *Mujer*. Ella tenía una misión universal; la de ser no sólo su Madre, sino la Madre de todos los cristianos. Era su Madre; ahora iba a ser la Madre de su Cuerpo Místico, la Iglesia; y nosotros íbamos a ser sus hijos.

Hay un tremendo misterio oculto en esta sola

palabra "Mujer". Era solamente la última lección del desprendimiento que Jesús la estaba enseñando hacía muchos años, y la primera lección de la nueva vinculación. Nuestro Señor había ido gradualmente desprendiendo (digámoslo así) los afectos de su Madre, no en el sentido de que ella le había de amar menos, o El la fuera a amar menos a ella; sino sólo en el sentido de que ella iba a amarnos más. Iba a ser desprendida de la maternidad de la carne, a fin de que estuviera más vinculada a la gran maternidad del espíritu. De ahí la palabra "Mujer". Ella había de hacernos otros Cristos. Porque, así como María había engendrado al Único "Santo de Dios", así sólo

ella nos engendraría como santos para Dios, merecedores de decir “Sanctus, Sanctus, Sanctus” en la Misa de este prolongado Calvario.

La historia de la preparación para su papel de Madre del Cuerpo Místico de Cristo se desarrolla en tres cuadros de la vida de su Divino Hijo, sugiriendo cada uno la lección que el mismo Calvario iba a revelar plenamente: esto es, que ella estaba llamada a ser no sólo la Madre de Dios, sino también la Madre de los hombres: no sólo la Madre de la Santidad, sino también de aquellos que anhelan ser santos.

La primera escena tuvo lugar en el Templo cuando María y José hallaron a Jesús después

de buscarle tres días. La Bienaventurada Madre le manifestó que sus corazones estaban deshechos por el dolor de tan prolongada busca, y El contestó: “¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” Lo que equivalía a decir: “Madre, yo tengo otros asuntos que los del taller de carpintero. Mi Padre me ha enviado este mundo para la obra suprema de la Redención, para hacer a todos los hombres hijos adoptivos de mi Padre Celestial, en el más grande reino de la hermandad de Cristo, su Hijo”. Hasta dónde cayó María en la cuenta del pleno sentido de aquellas palabras, no lo sabemos; si comprendió ella entonces que la Paternidad de

Dios significaba que ella sería la Madre de los hombres, no lo sabemos. Pero ciertamente dieciocho años más tarde, en la segunda escena (en la fiesta de las bodas de Caná), llegó a una inteligencia más completa de aquella misión.

¡Qué pensamiento tan consolador el de que nuestro Divino Señor, que habló de penitencia, que predicó la mortificación, que insistió sobre el cargar con la Cruz cada día y seguirle, daría principio a su vida pública asistiendo a un festival de bodas! ¡Qué bello conocimiento de nuestros corazones!

Cuando en el decurso del banquete se agotó el vino, María, siempre interesada por los de-

más, fue la primera en darse cuenta y en buscar solución a aquella contrariedad. Sencillamente dijo a su Divino Hijo: "No tienen vino". Y nuestro Señor la respondió: "Mujer, ¿qué nos va en ello a mí y a ti? Mi hora no ha llegado aún". "Mujer, ¿qué me va a mí?" No la llamó Madre, sino Mujer. El mismo título iba a recibir tres años más tarde.

Era como decirle: "Me pides hacer una cosa que me pertenece como a Hijo de Dios. Me pides hacer un milagro que sólo Dios puede hacer; me pides que ejercite mi divinidad que está relacionada con toda la humanidad, esto es, como su Redentor. Pero, una vez que la divinidad obra

para la salvación del mundo, tú vienes a ser no sólo mi Madre, sino la Madre de la Humanidad redimida. Tu maternidad física pasa al mundo más espacioso de la maternidad espiritual, y por este motivo te llamé “Mujer”. Y para probar que su intercesión era poderosa en ese papel de su maternidad universal, mandó que las ánforas se llenasen de agua, y según la frase del poeta *Crashaw*, se obró el primer milagro: “las aguas, mirando conscientes a su Dios, enrojecieron...”

La tercera escena aconteció dos años después. Un día que nuestro Señor estaba predicando, alguien interrumpió su discurso diciendo: “Tu ma-

dre está fuera, buscándote". Nuestro Señor contestó: "¿Quién es mi madre?" Y extendiendo sus manos hacia sus discípulos añadió: "Estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, es mi hermano y mi hermana y mi madre". El significado era evidente. Hay una maternidad espiritual; hay otros lazos que los de la carne; hay otros vínculos además de los del parentesco de sangre; concretamente, los lazos espirituales que estrechan a todos aquellos que forman el Reino, en el que triunfan la Paternidad de Dios y la Hermandad de Cristo.

Estas tres escenas culminaron junto a la Cruz

cuando María fue llamada "Mujer". Era la segunda Anunciación. En la primera había dicho el Angel "Salve, María". Su Hijo se dirige a ella en la segunda y la dice: "Mujer". Esto no significó que cesase de ser su Madre; ella es siempre la Madre de Dios, sino que su maternidad se agrandaba y se extendía: se convertía en espiritual; se hacía universal porque en este momento ella se convertía en *Nuestra Madre*. Nuestro Señor, de un modo que sólo El pudiera hacerlo, creaba el vínculo donde no existía por naturaleza.

Y ¿cómo vino ella a ser la Madre de los hombres? Siendo no sólo la Madre, sino también la Esposa de Cristo. El era el nuevo Adán; ella es

la nueva Eva. Y como Adán y Eva engendraron su descendencia natural, que somos nosotros, así Cristo y su Madre formaron en la Cruz su espiritual descendencia, que somos nosotros: hijos de María o miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Dio a luz su primogénito en Belén. Observemos que San Lucas llama a Nuestro Señor “el Primogénito”, no porque nuestra Bienaventurada Madre hubiera de tener otros hijos *según la carne*; sino solamente porque ella había de tener otros hijos *según el espíritu*. En aquel momento en el cual nuestro Divino Señor la llamó “Mujer” en cierto sentido se convirtió en Esposa de Cristo y daba a luz con dolor su primogénito en

el espíritu; y su nombre fue Juan. ¿Quién fue el segundo? No lo sabemos. Pudo haber sido Pedro, pudo haber sido Andrés. Pero como quiera que sea, nosotros estamos entre los millones y millones nacidos de esta Mujer al pie de la Cruz. Fue ciertamente un cambio desventajoso recibir al hijo del Zebedeo en lugar del hijo de Dios; pero ciertamente fue más grande nuestra ganancia, porque, mientras ella adquiría tan sólo unos hijos desobedientes y con frecuencia rebeldes, nosotros conseguíamos la más amante Madre del mundo, la Madre de Jesús.

Nosotros somos hijos de María —literalmente, *hijos*. Ella es nuestra Madre no por título

ficticio o por título de cortesía; es nuestra Madre porque ella soportó en aquel preciso momento los sufrimientos de la maternidad para todos nosotros. Y ¿por qué nos la dio Nuestro Señor como Madre? Porque conoció que jamás seríamos santos sin ella. El vino a nosotros a través de su pureza, y sólo a través de su pureza podemos nosotros volver a El. No hay Sanctus sin María. Toda víctima que sube a este Altar bajo las especies de pan y vino debe haber dicho el Confiteor y haberse convertido en víctima santa; pero no hay santidad sin María.

Observad que cuando fue dirigida aquella palabra a nuestra Santísima Madre había allí

otra mujer que estaba postrada. ¿No os habéis fijado en que prácticamente todas las representaciones de la Crucifixión pintan siempre a la Magdalena de rodillas a los pies del crucifijo? Pero jamás habréis visto la imagen de Nuestra Señora postrada. Juan estaba allí y nos dijo en su Evangelio que ella estaba en pie. El la vio en pie. Y ¿por qué estaba de pie? Estaba de pie para servirnos. Estaba de pie para ser nuestro ministro, nuestra Madre.

Si María se hubiese postrado en aquel momento como lo hizo la Magdalena, si al menos hubiese llorado, su dolor habría tenido un alivio. La pena que llora nunca es una pena que rompe

el corazón. El que se deshace es el corazón que no puede hallar salida por la fuente de las lágrimas. El corazón que estalla es el que no puede tener un desahogo emocional. Y todo aquel quebranto fue parte del precio de nuestro rescate pagado por nuestra Co-Redentora, María la Madre de Dios.

Y porque nuestro Señor quería que hiciese con nosotros las veces de Madre, la dejó en este mundo cuando El subió a los cielos, para que ella pudiese criar a la Iglesia naciente. La Iglesia niña necesitaba de una Madre, exactamente como el Infante, Cristo. Tuvo que quedarse en la tierra hasta que su familia estuviese criada. Por

eso la hallamos en Pentecostés permaneciendo en oración con los Apóstoles, esperando el descendimiento del Espíritu Santo. Estaba criando el Cuerpo Místico de Cristo.

Ahora está coronada en el Cielo como Reina de los Angeles y de los Santos, convirtiendo el cielo en otra fiesta de bodas de Caná, donde intercede con su Divino Salvador en favor de nosotros, sus otros hijos, hermanos de Cristo, e hijos del Padre Celestial.

¡Virgen Madre! Qué hermosa junta de virginidad y maternidad supliendo la una lo que falta a la otra. A la virginidad sola falta algo; hay cierta carencia en ella. La maternidad sola pierde

algo, hay una entrega, el deshojarse de un capullo. ¡Oh, si se juntasen de tal modo la virginidad que nunca la faltase nada y la maternidad que nunca perdiese nada...! Lo tenemos en María la Virgen Madre, Virgen por la sombra del Espíritu Santo en Nazaret y en Pentecostés; Madre por los millones de descendientes, desde Jesús hasta tú y yo.

No se trata aquí de confundir a Nuestra Señora con Nuestro Señor.

Veneramos a nuestra Madre, adoramos a nuestro Señor. Pedimos a Jesús aquellas cosas que sólo Dios puede conceder: misericordia, gracia, perdón. Y pedimos que María quiera inter-

ceder por nosotros con Él y especialmente a la hora de la muerte. Por esa proximidad a Jesús que su misión envuelve, sabemos que nuestro Señor oye especialmente sus ruegos. A ningún otro santo le podemos hablar como a un hijo a su Madre. Ninguna otra Virgen o mártir o confesor ha sufrido tanto por nosotros como ella sufrió; ninguno ha cimentado mejor que ella sus derechos a nuestro amor y a su patrocinio.

Mediadora de todas las gracias, todos los favores nos vienen de Jesús por medio de ella, como por ella nos vino el mismo Jesús. Queremos ser santos; pero conocemos que no hay santidad sin ella, porque ella fue el don que nos hizo Je-

sús en el *Sanctus* de su cruz. No hay mujer que pueda olvidar jamás al hijo de sus entrañas. María ciertamente no puede olvidarnos. Por eso nosotros llevamos profundamente grabado en nuestros corazones que siempre que ella ve un niño inocente en la mesa de la Primera Comunión, o un pecador arrepentido caminando hacia la cruz, o un corazón deshecho rogando que el agua de su vida malgastada se convierta en el vino del amor de Dios, ella, María, escucha de nuevo aquella palabra: "Mujer, he ahí a tu hijo".

PARTE CUARTA

LA CONSAGRACION

“Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has desam-
parado?”

(MAT. 27, 46.)

La cuarta Palabra es la Consagración de la Misa del Calvario. Las tres primeras fueron dirigidas a los hombres, pero las cuatro últimas fue-

ron dirigidas a Dios. Nos hallamos ahora en los momentos finales de la Pasión. Al pronunciar la Cuarta Palabra en todo el Universo no hay más que Dios y el mismo. Es la hora de las tinieblas. De repente de entre su negrura rompe el silencio un grito tan terrible, tan inolvidable, que aun aquellos que no entendieron el dialecto recordaban su extraño acento: "Eli, Eli, Lamma sabacthani". Lo recordaban así como una ruda interpretación del Hebreo, porque no pudieron jamás apartar de sus oídos el sonido de aquellos acentos durante todos los días de su vida.

Las tinieblas que cubrían la tierra en aquel momento, fueron solamente un símbolo externo

de la oscura noche del interior de su alma. Bien puede por cierto el sol ocultar su rostro ante el terrible crimen del deicidio. La verdadera razón por la cual se hizo la tierra fue para que en ella se erigiese una cruz. Y ahora que la cruz se alzó, la creación siente el dolor y entra en tinieblas.

Pero, ¿por qué el grito de las tinieblas? ¿Por qué el grito de abandono: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?” Fue el grito de la expiación por el pecado. El pecado es la separación, el divorcio, el original divorcio de la unidad con Dios, del cual se han derivado los demás divorcios.

Desde el momento en que El vino a la tierra

a redimir a los hombres del pecado, era muy lógico que sintiera este abandono, esta separación, este divorcio.

Lo sintió primeramente dentro, en su alma; como la base de la montaña, si fuera consciente, podría sentir el abandono del sol si una nube la ciñe todo alrededor, aun cuando sus picos más altos brillen radiantes de luz.

No había pecado en su alma, pero desde que El quiso sentir en sí el efecto del pecado una terrible sensación de abandono y soledad se apoderó de El. La soledad de vivir sin Dios.

Renunciando a la divina consolación, que podría haber tenido, se sumergió en un terrible

desamparo humano para pagar por la soledad del alma que ha perdido a Dios por el pecado; por la soledad del ateo que dice que no hay Dios; por la desolación del hombre que traiciona su fe cegado por las cosas visibles; y por la angustia de los corazones de todos los pecadores que tienen nostalgia de Dios. El llegó hasta redimir a aquellos que no confiarían, que en sus penas y miserias increparían y abandonarían a Dios gritando: “¿Por qué esta muerte? ¿Por qué tenía yo que perder mi hacienda? ¿Por qué tengo yo que sufrir?” El satisfacía por todos esos que exigen a Dios un por qué...

Y para mejor revelar la intensidad del sen-

timiento de abandono, lo manifestó con una señal externa.

Puesto que el hombre se había separado a sí mismo de Dios por el pecado, Él en satisfacción, permitía que su sangre fuera separada de su cuerpo. El pecado había entrado en la sangre del hombre; y como si todos los pecados del mundo hubiesen entrado en él, drenó del cáliz de su cuerpo su sangre sagrada. Casi le podemos oír exclamar: “Padre, este es mi cuerpo; esta es mi sangre. Están siendo separados uno de otro, como la humanidad se ha separado de Ti... Esta es la Consagración de mi Cruz...”

Lo que sucedió aquel día en la cruz, está su-

cediendo ahora en la Misa, con esta diferencia: En la cruz estaba solo; en la Misa está con nosotros. El ahora está en el cielo a la diestra del Padre intercediendo por nosotros. Por tanto *no puede ya sufrir en su naturaleza humana*. ¿Cómo puede entonces la misa ser la repetición del Calvario? ¿Cómo puede Cristo renovar la cruz?

No puede sufrir de nuevo *en su naturaleza humana propia*, que en el cielo está gozando la felicidad; pero puede sufrir de nuevo en *nuestras naturalezas humanas*.

No puede renovar el Calvario en su cuerpo físico, pero le puede renovar en su Cuerpo místico, la Iglesia.

El sacrificio de la Cruz puede renovarse, supuesto que nosotros le demos nuestro cuerpo y nuestra sangre, y que se lo demos tan completamente como si fuera su yo propio, y como tal puede ofrecerse a sí mismo de nuevo a su Padre Celestial por la salvación de su cuerpo místico, de la Iglesia.

Y así Cristo va por el mundo recogiendo otras naturalezas humanas que quieran ser Cristos. Para que nuestros sacrificios, nuestras penas, nuestros Gólgotas, nuestras crucifixiones no queden aisladas, dislocadas, inconexas, la Iglesia las reúne, las amontona, las unifica, las amasa, y esta masa de todos nuestros sacrificios, de todos y cada

uno de nosotros, se une con el gran Sacrificio de Cristo en la Cruz, en la Misa...

Cuando asistimos a la Misa no somos individuos de la tierra o unidades solitarias, sino partes vivas de un gran orden espiritual en el cual el Infinito penetra y envuelve lo finito, el Eterno irrumpen en lo temporal, y el Espíritu se viste de las ropas de la materialidad. Nada más solemne existe en la faz de la tierra de Dios que el tremendo momento de la Consagración; porque la Misa no es una plegaria, ni un himno, ni algo que se dice: Es un Acto Divino con el cual nosotros entramos en contacto en un momento dado del tiempo.

Podemos ilustrar imperfectamente el pensamiento con el ejemplo de la radio. El aire está lleno de música y palabras. No las hemos puesto nosotros en él; pero, si queremos, podemos establecer contacto con ellas sintonizándolas con nuestro aparato.

Así en la Misa. Es un singular, único Acto Divino; pero con él podemos ponernos en contacto cada vez que es representado y repetido en la Santa Misa.

Cuando se hace el troquel de una medalla o una moneda, la medalla es lo material; la representación visible de la idea espiritual que existió en la mente del artista. Pueden hacerse innume-

rables reproducciones de este original cada vez que una nueva pieza de metal se coloca en contacto con él, y se vacía en él. No obstante la multiplicidad de las medallas hechas, el molde es siempre el mismo.

De igual manera en la Misa. El molde —el Sacrificio de Cristo en el Calvario— es repetido en nuestros altares cuando cada ser humano es puesto en contacto con él en el momento de la Consagración. Pero el sacrificio es uno y el mismo, a pesar de la multiplicidad de las misas.

La Misa es, pues, la comunicación del Sacrificio del Calvario con nosotros, bajo las especies del pan y del vino.

Nosotros estamos en el altar bajo las apariencias de pan y de vino, porque ambas son el sostén de la vida. Y por eso, dando lo que nos da la vida, estamos simbólicamente dándonos a nosotros mismos. Además el trigo debe ser molido para convertirse en pan, y la uva debe ser prensada para convertirse en vino. Y por eso ambos son representativos de los cristianos que están llamados a sufrir con Cristo, para que puedan también reinar con El.

Al acercarse la Consagración de la Misa nuestro Señor está diciéndonos equivalentemente: "Tú, María; tú, Pedro... vosotros, todos... Dadme vuestro cuerpo, dadme vuestra sangre. Dadme

vuestro ser entero... Yo ya no puedo sufrir... Yo pasé por mi cruz y llené hasta el tope los sufrimientos de mi cuerpo físico... pero no llené los que pertenecían a mi Cuerpo místico, en el cual estás tú... La Misa es el momento en que cada uno de vosotros podéis cumplir literalmente mi mandato... Toma tu cruz y sígueme..."

En la Cruz nuestro Divino Señor te estuvo mirando a ti con la esperanza de que un día quisieras entregarte a El en el momento de la Consagración. Hoy en la Misa esta esperanza, acariciada sobre ti por Nuestro Señor, se ve cumplida. Cuando asistes a la Misa espera que le hagas a El la entrega de tu ser.

Así, cuando el momento de la Consagración llega, el sacerdote, obediente a la voz del Señor “haced esto en memoria mía”, toma el pan en sus manos y dice: “Esto es mi cuerpo”, y luego sobre el cáliz del vino dice: “Este es el cáliz de mi sangre del nuevo y eterno testamento”. No ha consagrado el pan y el vino a la vez, sino por separado. La consagración separada del pan y del vino es una simbólica representación de la separación del cuerpo y la sangre, y como la Crucifixión entraña precisamente este misterio, el Calvario es renovado en el altar. Pero Cristo, como se ha dicho, no está solo en el altar. Estamos con El. Y por eso las palabras de la consa-

gración tienen un doble sentido; el primero es: “Este es el cuerpo de Cristo”, “Esta es la sangre de Cristo”; pero su significación secundaria es “Este es mi cuerpo, esta es mi sangre”.

¡Tal es la finalidad de la vida! Redimirnos a nosotros en unión con Cristo; aplicarnos sus méritos a nuestras almas, siendo como El en todas las cosas, hasta en su muerte de Cruz. El pasó por su consagración en la Cruz para que nosotros ahora pasemos por la nuestra en la Misa...

No hay nada más trágico en todo el mundo que el dolor malgastado...

Piensa cuánto se sufre en los hospitales, cuánto sufren los pobres, los desamparados. Piensa

también cuántos de esos sufrimientos se pierden. ¿Cuántas de esas almas solitarias, adoloridas, abandonadas, crucificadas, están diciendo con nuestro Señor en el momento de la Consagración “Esto es mi cuerpo, tómallo”?

¡Y sin embargo, esto es lo que todos nosotros deberíamos hacer en ese instante!

“Yo me entrego a ti, Señor, aquí está mi cuerpo: tómallo. Aquí está mi sangre: tómala. Aquí está mi alma, mi voluntad, mi fuerza, mi propiedad, mi salud, todo cuanto tengo. Es tuyo, Señor. Tómallo, conságralo, ofrécelo...”

Ofrécelo, contigo a tu Padre Celestial para que, echando una mirada a este gran sacrificio vea solamente a ti, su Hijo amado, en quien tiene todas sus complacencias.

Trasmuta el pobre pan de mi vida en tu divina vida... Enciende el vino de mi gastada vida en tu divino espíritu. Une mi roto corazón con tu corazón. Cambia mi cruz en tu crucifijo. Que mis abandonos y mis pruebas y mis dolores no se pierdan... Recoge sus fragmentos. Y, como la gota de agua es absorbida por el vino en el Ofertorio de la Misa, sea mi vida absorbida por la tuya; sea mi pequeña cruz engastada en

tu gran cruz para que pueda yo gozar los gozos de la vida eternal en unión con vos...

Consagrad estas pruebas de mi vida, que quedarían sin valor de no unir las con vos. Transustanciadme, de tal manera que, como el pan que es ahora vuestro cuerpo y el vino que es ahora vuestra sangre, yo también sea todo vuestro...

No me preocupa si las especies permanecen, o que, como el pan y el vino, yo aparezca a los ojos humanos el mismo de antes... mi puesto en la vida, mis deberes diarios, mi trabajo, mi familia... Todo eso no son sino las apariencias o especies de mi vida, que pueden quedar in-

tactas; pero la sustancia de mi vida, mi alma, mi entendimiento, mi voluntad, mi corazón, cámbialos, Señor, transfórmalos todos para tu servicio, de modo que, a través de mí, todos puedan comprender cuán suave es el amor de Cristo. Amén...

PARTE QUINTA

LA COMUNION

“Tengo sed.”

(Jo. 19, 28.)

Nuestro Señor llega a la Comunión de su Misa cuando de las profundidades de su Sagrado Corazón profiere el grito “Tengo sed”. Esta no era

ciertamente una sed de agua; porque la tierra es suya y todo lo que en ella se contiene; no fue una sed de los escasos alivios de la tierra, porque El encerró los mares en sus fronteras cuando estallaban con furia. Por eso, al ofrecerle la bebida, El no la tomó. Era otra clase de sed la que le torturaba. Estaba sediento de las almas y los corazones de los hombres.

El clamor fue un clamor por la comunión, la última de una larga serie de llamadas del Pastor buscando a los hombres. El hecho mismo de manifestarse en la forma del más punzante de todos los humanos sufrimientos, es decir, la sed, demuestra la medida de su profundidad y de su

intensidad. Los hombres pueden hambrear a Dios, pero Dios tiene sed de los hombres. Tuvo sed del hombre cuando le llamó a la amistad con su Divinidad en el jardín del Paraíso; tuvo sed del hombre en la Revelación, cuando trató de ganarse los corazones extraviados de los hombres manifestándoles los secretos de su amor; tuvo sed del hombre en la Encarnación, cuando El se hizo uno con el amado y fue visto en la forma y en el traje de hombre.

Ahora estaba sediento del hombre en la Redención, porque nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos. Era el llamamiento final a la Comunión antes de que se

bajase el telón en el gran Drama de su Vida Terrena. Todas las miradas de amores de los padres a los hijos, de los esposos entre sí, fundidos en un solo gran amor, serían una mínima fracción del amor que Dios siente por el hombre en este grito de sed. Significaba de un golpe, no sólo cuánto suspiraba por los humildes, por los corazones hambrientos y por las almas vacías, sino también cuán intenso era su deseo de satisfacer nuestras más profundas ansiedades.

Realmente nada tendría de misteriosa nuestra sed por Dios, pues ¿no ha de suspirar el ciervo por la fuente, el girasol no ha de orientarse hacia el astro rey, y no han de correr los ríos hacia

el mar? Pero que El nos ame, sabiendo nuestros deméritos y cuán poco vale nuestro amor —¡eso sí que es misterio!— y sin embargo, ése es el significado de la sed de Dios por la comunión con nosotros.

Ya lo había dicho en la parábola de la oveja perdida, cuando afirmó que no estaba satisfecho con las 99; solamente la oveja perdida podía darle alegría completa.

Ahora manifestaba la misma verdad desde la Cruz. Nada puede satisfacer por completo su sed sino el corazón de todo hombre, de toda mujer, de todo niño, pues fueron hechos para El, y por lo tanto no pueden sentirse jamás felices

hasta que encuentren el descanso en El.

La base de esta súplica de comunión es el amor; porque el amor, por su propia naturaleza, tiende a la unión. El mutuo amor de los ciudadanos engendra la unidad del Estado. El amor del hombre y la mujer produce la unidad de dos en una carne. El amor de Dios por el hombre reclama, pues, la unidad basada sobre la Encarnación; esto es la unidad de todos los hombres en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo.

Y por eso, para sellar su amor con nosotros, Dios se nos da a sí mismo en la Santa Comunión; de tal modo que así como su humana naturaleza, tomada del seno de la Bienaventurada Ma-

dre, se unió a El en su única persona, así El y nosotros, tomados del seno de la humanidad, pudiéramos ser uno en la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. Por eso nosotros usamos la palabra “recibir” cuando hablamos de la Comunión con nuestro Dios en la Eucaristía, porque literalmente “recibimos” vida divina; exactamente y tan real y verdadera como el niño que recibe la vida de su madre.

Toda vida es sustentada por la comunicación con una vida más alta. Si las plantas pudieran hablar dirían a la humedad y al sol: “Hasta que no entréis en comunión conmigo, siendo poseí-

dos por mis más altas leyes y poderes, no tendréis vida en vosotros...” Si los animales pudieran hablar dirían a las plantas: “Si no entráis en comunión con nosotros tampoco tendréis nuestra vida superior en vosotras”. Nosotros decimos a toda la creación inferior: “Si no entras en comunión conmigo no participarás de mi vida humana”.

¿Por qué, pues, no habría de decirnos a nosotros nuestro Señor: “Mientras no entréis en comunión conmigo no tendréis vida en vosotros”? Lo inferior se transforma en lo superior, las plantas en los animales, los animales en el hombre, y el hombre, en modo más elevado, “se di-

viniza” totalmente —si puedo usar esta expresión— a través de la vida de Cristo.

Comunión, pues, es, ante todo, el recibir la Vida Divina; una vida para la cual nosotros no tenemos más títulos que los que tiene el mármol para florecer. Es un puro regalo del todo misericordioso Dios, que nos amó tanto que quiso unirse a nosotros, no con los lazos de la carne, sino con los lazos inefables del Espíritu, donde el amor no conoce hastío, sino únicamente éxtasis y gozo.

Si, como Nazaret y Belén, no le recibiéramos en nuestras almas, ¡oh, y cuán pronto nos habríamos olvidado de El! Ni dones, ni retratos

suplen a la persona amada. Nuestro Señor bien lo sabía. Necesitábamos de El, y por eso se nos entregó a Sí mismo.

Pero hay otro aspecto de la Comunión en el cual raras veces pensamos. La Comunión implica no solamente recibir la Vida Divina, significa también entrega a Dios de la vida humana. Todo amor es recíproco. No hay amor unilateral, porque el amor por su misma naturaleza pide retorno. Dios tiene sed de nosotros, y esto significa que el hombre debe tener también sed de Dios. Pero ¿pensamos alguna vez que Cristo recibe la Comunión de nosotros? Siempre que vamos al comulgatorio decimos que “recibimos” la Comu-

nión; y esto es todo lo que muchos de nosotros hacemos; únicamente: “recibir la Comunión”.

Sin embargo, hay otro aspecto en la Comunión que el de recibir la Vida Divina, del cual habla San Juan. San Pablo completa la doctrina en su Epístola a los Corintios. La Comunión no es sólo una incorporación a la Vida de Cristo, es también una incorporación a su Muerte: “Siempre que comáis de este pan y bebáis de este vino anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga”.

La vida natural tiene dos aspectos: el anabólico y el katabólico. También la sobrenatural los tiene: El de edificar conforme al Cristo Mo-

delo (el nuevo Adán) y el de destruir el viejo Adán. La Comunión, pues, implica no sólo recibir, sino también dar. No puede haber ascenso a una vida más alta sin morir a la propia, más baja. El Domingo de Pascua ¿no presupone el Viernes Santo? ¿No envuelve todo amor mutua donación que termina en propio recobrase? Siendo esto así, ¿no debe ser el comulgatorio un lugar de intercambio en vez de ser un lugar donde solamente se recibe? ¿Será toda la vida el darse Cristo a nosotros y no darle nada en retorno? ¿Habremos de agotar el cáliz y no contribuir a llenarle con nada? ¿Habremos de recibir el pan

sin dar el trigo para ser molido, o recibir el vino sin dar las uvas para ser prensadas? Si todo lo que hacemos durante nuestras vidas es recibir la Vida Divina para llevárnosla y no dejar nada en cambio, seremos parásitos en el Cuerpo Místico de Cristo.

El mandato Paulino nos manda llenar en nuestro cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo. Debemos, pues, llevar espíritu de sacrificio a la mesa de la Eucaristía; debemos aportar la mortificación de nuestro "yo" inferior; las cruces pacientemente soportadas, la crucifixión de nuestros egoísmos, la muerte de nuestra concupiscencia y hasta la misma dificultad de acercar-

nos a la Comunión. Entonces será la Comunión lo que siempre pretendió ser, concretamente, *un intercambio entre Cristo y el alma*, en el que nosotros damos su Muerte manifestada en nuestra vida y El nos da su Vida manifestada en nuestra filiación adoptiva. Le damos nuestro tiempo, nos da su eternidad. Le damos nuestra humanidad, nos da su Divinidad. Le damos nuestra nada y nos da su todo.

¿Entendemos bien la naturaleza del amor? ¿No hemos nosotros prorrumpido algunas veces, en los grandes momentos de cariño a un niño pequeñito, en un lenguaje que puede variar pero que expresa esta idea: Amo tanto a este niño

como si le tuviese dentro de mi corazón?" ¿Por qué? Porque todo amor tiende a la unión. En el orden natural Dios ha querido que acompañe intenso placer a la unión física. Pero es nada comparado con la unión del espíritu cuando la divinidad pasa a la humanidad y la humanidad a la divinidad —cuando nuestro querer va hacia El y El viene hasta nosotros, de modo que dejamos de ser hombres y comenzamos a ser hijos de Dios.

Si ha habido, pues, en vuestra vida alguna vez un momento en que un delicado y noble afecto os hizo sentir como si hubieseis sido levantados al tercero o al séptimo cielo; si ha habido alguna vez en vuestra vida un tiempo en que el

elevado amor de un hermoso corazón os sumió en el éxtasis; si alguna vez amasteis de verdad un corazón humano, pensad, os ruego, lo que debe ser estar unidos con el gran Corazón del Amor. Si el corazón humano en todas sus nobles, delicadas y cristianas riquezas puede estremecer así, ennoblecernos así, y extasiarnos hasta ese punto, ¿qué será el gran Corazón de Cristo? ¡Oh, si la chispa es tan brillante, cómo será la llama!

¿Comprendemos en toda su realidad hasta qué punto la Comunión está ligada al Sacrificio, tanto por parte del Señor como por parte nuestra, sus pobres y débiles criaturas? La Misa hace las

dos cosas inesperables. No hay Comunión sin Consagración. No recibimos el pan y el vino que ofrecemos hasta que hayan sido transustanciados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. La Comunión es la consecuencia del Calvario, esto es, vivimos de lo que sacrificamos. Todo en la naturaleza atestigua esta verdad. Nuestros cuerpos viven sacrificando los animales de los campos y las plantas de las huertas. Gozamos de la vida por su inmolación. No las matamos por destruir, sino para perfeccionar; las sacrificamos para la comunión.

Y ahora, por una hermosa paradoja del Divi-

no Amor, Dios convierte su Cruz en el gran medio de nuestra salvación. Nosotros le matamos, le clavamos allí, le crucificamos; pero no quiso el Amor ser derrotado en su Eterno Corazón. Quiso darnos la misma vida que quitábamos; darnos el alimento que destruíamos; nutrirnos con el Cuerpo que sepultábamos y con la misma Sangre que derramábamos. Trocó nuestro crimen en una "feliz culpa"; convirtió la Crucifixión en Redención; la Consagración en Comunión; la muerte en vida eterna.

Y esto es precisamente lo que hace del hombre el mayor misterio. No es un misterio por qué el hombre había de ser amado; pero por qué él

no paga amor con amor, ¡eso sí que es el gran misterio! ¿Por qué ha de ser nuestro Señor el Gran No Amado? ¿Por qué no se ha de amar al Amor? ¿Por qué siempre que El clama “Tengo sed”, nosotros le damos hiel y vinagre...?

PARTE SEXTA

EL "ITE, MISSA EST"

"Todo está acabado."

(Jo. 19, 30.)

Nuestro Divino Salvador llega al "Ite, Missa est" de su Misa cuando profiere el grito de triunfo: "Está consumado".

Está terminada la obra de la salvación, pero ¿cuándo comenzó? Comenzó muy atrás, en los albores de lo eterno, cuando Dios quiso hacer al hombre. Siempre, desde el principio del mundo, existió la Divina "impaciencia" por atraer al hombre a los brazos de Dios.

El Verbo estaba impaciente en el cielo por ser el Cordero inmolado desde el principio del mundo. Impaciente en las figuras y símbolos proféticos cuando su rostro agonizante se reflejaba en centenares de espejos que se prolongaban a través de toda la historia del viejo testamento. Impaciente por ser el verdadero Isaac llevando la leña de su sacrificio en obediencia al mandato

de su Abrahán Celestial. Impaciente por llenar el místico significado del Cordero Pascual de los judíos, muerto sin que se quebrantase ninguno de los huesos de su cuerpo. Impaciente por ser el nuevo Abel sacrificado por sus envidiosos hermanos de la raza de Caín, para que su sangre pudiese clamar al cielo pidiendo perdón. Impaciente en el seno de su madre cuando saludó a su Precursor Juan. Impaciente en la Circuncisión anticipando el derramamiento de su sangre y recibiendo el nombre de "Salvador". Impaciente cuando a los doce años recordó a su Madre que El debía ocuparse en las cosas de su Padre Celestial. Impaciente en su vida pública, como lo

manifestó diciendo que tenía un bautismo con el cual debía ser bautizado y que estaba torturado hasta que lo recibiese. Impaciente en el Huerto rechazando legiones de Angeles que le consolasen para poder teñir las raíces de los olivos con su sangre redentora. Impaciente en su Ultima Cena cuando anticipó la separación entre su cuerpo y su sangre bajo las apariencias de pan y de vino. Y, en fin, saciada su impaciencia, cuando al terminar esta Ultima Cena vio llegar la hora de las tinieblas, entonó un canto. Fue la única vez que cantó. Cuando salió para su muerte.

Poco importaba para el mundo si las estrellas ardían brillantemente, si las montañas se

erguían como símbolo de fortaleza, si las colinas pagaban tributo a los valles que les dieron nacimiento.

Lo que le importaba era que cada una de las palabras que sobre El se habían dicho por los profetas resultasen verdaderas. Los cielos y la tierra no pasarán mientras no se haya cumplido hasta una jota o un ápice. Quedaba una pequeña *jota*; un pequeño ápice de esa jota; era una palabra de David la que estaba a punto de cumplirse para que todo estuviese acabado. Y ahora, que también ésa se había cumplido, El, el verdadero David, citó al David profético: “Está acabado”.

¿Qué es lo que está terminado? Se ha terminado la Redención del mundo. El amor ha completado su misión, porque el Amor ha dado todo cuanto puede. Dos cosas hay que puede hacer el amor. El amor por su misma naturaleza tiende a la encarnación, y toda encarnación tiende a una crucifixión. ¿No tiende todo amor verdadero a una encarnación? En el orden del amor humano ¿no crea el afecto del marido por su mujer, como producto de su mutuo amor, la encarnación del amor confluyente de ambos en la forma de un hijo? Una vez que han engendrado al hijo ¿no hacen sacrificios por él, hasta llegar

al de la muerte? Y así su amor tiende a una crucifixión.

Pues eso es exactamente un reflejo del orden divino, en el que el amor de Dios por el hombre fue tan intenso y profundo que terminó en una Encarnación, que incorporó a Dios la forma y el hábito del hombre, a quien El amaba. Pero el amor de Dios por el hombre no se detuvo en la Encarnación. A diferencia de cualquier otro nacido, nuestro Señor entró en este mundo para redimirle. La muerte era el blanco supremo que iba persiguiendo. La muerte interrumpe los planes de los grandes hombres; pero no interrumpió los de nuestro Señor; era su coronamiento

glorioso; era el único objetivo que iba buscando.

Su Encarnación, pues, tendía a la Crucifixión, porque “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”. Ahora, que el amor ha terminado su carrera con la Redención del hombre, el amor Divino puede exclamar: “He hecho por mi viña todo cuanto podía hacer”. Al amor no le queda más que acabar de dar la vida. “Todo está terminado”. “Ite, Missa est”.

Su trabajo está terminado, ¿pero *el nuestro*? Cuando El dijo “Se ha acabado” no pretendió significar que ya no le quedaban posibilidades de obrar. El significó que su obra estaba tan perfectamente cumplida que nada podía ya añadir-

se para hacerla más perfecta; pero entre nosotros ¡cuán raras veces es esto verdad! Demasiados de nosotros *acabamos* nuestras vidas, pero pocos de nosotros las vemos *terminadas*. Una vida pecadora puede acabar; pero una vida pecadora nunca es una vida terminada.

Si nuestra vida solamente “acaba”, nuestros amigos preguntarán: “¿Cuánto dejó?” Pero si nuestra vida está terminada, los amigos comentarán: “¡Cuánto llevó consigo!” Una vida cumplida se mide no por los años, sino por los hechos; no por el tiempo gastado en la vida, sino por el trabajo realizado. En corto tiempo un hombre puede llenar muchos años; aun aque-

llos que llegaron a la hora undécima pueden llenar sus vidas; aun aquellos que llegan a Dios, como el ladrón, en el último suspiro, pueden terminar sus vidas en el reino de los cielos. No harán suya la amarga frase de dolor: “Demasiado tarde, ¡oh hermosura antigua, te he amado...!”

Terminó el Señor su obra; pero nosotros no hemos terminado la nuestra. Señaló el camino que nosotros debemos seguir. Al terminar tendió su Cruz; pero nosotros debemos levantarla. Terminó la Redención en su Cuerpo físico; pero nosotros no la hemos acabado en su Cuerpo Místico. El ha terminado la Salvación; pero nosotros no

la hemos aplicado todavía a nuestras almas. Ha terminado el Templo; pero nosotros debemos vivir en él. Ha terminado el modelo de la Cruz; pero nosotros debemos troquelarnos en ese molde. Ha terminado la siembra de la semilla; pero nosotros tenemos que madurar la cosecha. Ha terminado de llenar el cáliz; pero nosotros no hemos terminado de apurar su confortante bebida. Ha plantado el campo de trigo, y nosotros debemos recogerlo en nuestros graneros. Ha terminado el Sacrificio del Calvario, y nosotros debemos terminar el de la Misa.

La Crucifixión no trataba de ser un drama

inspirador, sino un acto modelo en el cual nosotros vaciásemos nuestras vidas. Nosotros no debemos pretender sentarnos y mirar a la cruz como algo hecho y terminado, cual si fuera la vida de Sócrates. *Lo que se hizo en el Calvario nos aprovecha solamente en la medida en que lo repetamos en nuestras propias vidas.*

Esto lo hace posible la Misa, porque, al renovarse el Calvario en nuestros altares, nosotros no somos espectadores, sino participantes en la Redención; y en los altares es donde nosotros terminamos nuestro trabajo. El nos dijo: "Cuando yo fuere levantado en la Cruz, todo lo atraeré a Mí". Terminó su Obra cuando fue levantado

en la Cruz; terminamos la nuestra cuando le permitimos atraernos a El en la Misa.

Es la Misa la que hace a la Cruz visible a todos los ojos; la que coloca la Cruz en la encrucijada de la civilización; trae tan cerca el Calvario que hasta los pies cansados pueden hacer la jornada para abrazarla suavemente; todas las manos pueden ahora levantarse hasta tocar su carga sagrada; todos los oídos pueden escuchar su dulce llamamiento, porque la Misa y la Cruz son lo mismo. En ambos hay el mismo ofrecimiento de la voluntad, perfectamente sometida, del Hijo amado; el mismo cuerpo destrozado, la misma sangre derramada, el mismo Perdón Di-

vino. Todo lo que se ha dicho y hecho y actuado durante la Santa Misa ha sido para que nos lo llevemos, vivamos, practiquemos, y apropiemos a todas las circunstancias y condiciones de nuestro vivir diario. Su Sacrificio se ha hecho nuestro sacrificio al juntar nuestra oblación con la suya; su Vida, dada por nosotros, se convierte en nuestra vida dada por El. Así volvemos de la Misa como quienes han tomado su determinación, vuelta la espalda al mundo, y convertidos para la sociedad en que vivimos en otros Cristos vivos, testimonios poderosos dados al Amor, que murió para que nosotros pudiésemos vivir del Amor.

Nuestro mundo está lleno de catedrales góticas incompletas, de vidas medio terminadas, de almas medio crucificadas. Algunos llevan la Cruz hasta el Calvario, pero allí la abandonan; otros son clavados en ella, pero se desclavan antes de la elevación; otros estaban ya crucificados en alto, pero cediendo a los ataques del mundo: "Bájate de la cruz", bajan después de una hora... dos horas... dos horas y cincuenta y nueve minutos. Los verdaderos cristianos son aquellos que perseveran hasta el fin. Nuestro Señor estuvo hasta que terminó.

El sacerdote debe, de igual manera, permanecer en el altar hasta que la Misa esté acabada.

No puede bajar. Así nosotros debemos estar en la cruz hasta que nuestras vidas acaben. Cristo en la cruz es el molde y el patrón de una vida terminada. Nuestra humana naturaleza es la materia prima, nuestro querer es el cincel; la gracia de Dios es la fuerza y la inspiración.

Aplicando el cincel a nuestra naturaleza no terminada, tenemos que comenzar arrancando feos bloques de la soberbia; después con cinceles más delicados debemos pulir pedacitos de egoísmo, hasta que al fin baste un toque suave de la mano para dejar terminada la obra maestra —un hombre terminado, hecho a imagen y semejanza— del patrón de la Cruz. Estamos en el altar

bajo el símbolo del pan y el vino. Nos hemos ofrecido al Señor y El nos ha consagrado.

Por eso no debemos disponer de nuevo de nosotros, sino permanecer en el sacrificio hasta el fin, pidiendo sin cesar que, cuando la administración de nuestra vida haya terminado y echemos una mirada a la vida vivida en intimidad con la cruz, el eco de la Sexta Palabra pueda resonar en nuestros labios: "Está terminado".

Y cuando los suaves acentos de este "Ite, Missa est", hayan traspuesto los corredores del tiempo y atravesado las ocultas murallas de la eternidad, los coros angélicos y el blanco ejército de la Iglesia Triunfante contestarán desde atrás: "Deo gracias".

PARTE SÉPTIMA

EL ÚLTIMO EVANGELIO

“Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu.”
(LUC. 23, 46.)

Es una hermosa paradoja que el último evangelio nos vuelva al principio, pues comienza con esas palabras: “En el principio”. Así es la vida.

El término de esta vida es el comienzo de la futura. Con toda propiedad la Última Palabra de Nuestro Señor fue su Último Evangelio: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Como el último evangelio de la Misa también éste vuelve al Señor al principio, porque ahora regresa al Padre del cual salió. Había terminado su Obra. Comenzó su Misa con la Palabra “Padre” y la termina con la misma.

“Todo lo perfecto —dirían los Griegos— se mueve circularmente”. Como los grandes planetas sólo después de un largo periodo completan sus órbitas y entonces regresan de nuevo al punto de partida, cual si quisieran saludar a Aquel que

los envió a su jornada, así el Verbo Encarnado, que bajó a celebrar su Misa, terminada ahora su carrera terrena, vuelve de nuevo a su Padre celestial que le envió a la jornada de la Redención del mundo. El Hijo Pródigo está a punto de volver a la casa de su Padre, porque ¿acaso no es El el Hijo Pródigo? Treinta y tres años hace que dejó la Casa de su Padre y las bendiciones del cielo y bajó a esta tierra nuestra, que es un país extranjero, ya que es extranjero todo país que está fuera de la Casa del Padre.

Durante treinta y tres años había gastado su hacienda. Gastó la hacienda de su verdad en la infalibilidad de su Iglesia; gastó la hacienda de su

Poder en la autoridad concedida a los Apóstoles y a sus sucesores; gastó la hacienda de su vida en la Redención y en los Sacramentos. Ahora, que hasta la última moneda se ha gastado, vuelve anhelosamente de nuevo los ojos a la Casa Paterna y con un poderoso grito entrega su espíritu en los brazos de su Padre; no con la actitud de uno que se sumerge en las tinieblas, sino como quien sabe donde va; al encuentro en el Hogar con su Padre.

En la Última Palabra y Último Evangelio que le devuelve al Principio de todo cuanto comienza, esto es, a su Padre, se manifiesta la historia y el ritmo de la vida. El fin de todas las cosas

debe, en cierta manera, volver a sus principios. Como el Hijo vuelve al Padre; como Nicodemus debe renacer; como el cuerpo vuelve al barro, así el alma del hombre, que vino de Dios, debe un día volver a Dios.

La muerte no acaba con todo. La fría tierra que cubre la sepultura no señala el fin de la historia del hombre. El modo como ha vivido en esta vida determina cómo vivirá en la próxima. Si buscó a Dios durante la vida, su muerte será semejante al abrir de la jaula, capacitándole para usar sus alas y volar a los brazos del Amado Divino. Si huyó de Dios durante la vida, la muerte será el principio de una eterna huída de

la vida, la verdad y el amor —y eso es el infierno.

Ante el trono de Dios, de quien vinimos a nuestro noviciado terrenal, deberemos comparecer un día a rendir cuentas de nuestro servicio. No habrá criatura humana que, recogida la última gavilla, no sea contada entre los que aceptaron o rechazaron el don de la Redención, y que, en la aceptación o rechazo de ese don, no haya firmado la escritura de su eterno destino.

Como las ventas son comprobadas en la caja registradora al terminar el negocio diario, así nuestros pensamientos, palabras y hechos serán examinados en el Juicio final. Si hemos vivido

a la sombra de la Cruz, la muerte no será un fin, sino un principio de la eterna vida; en lugar de una separación será un encuentro; en lugar de una partida será una llegada; en lugar de estar al fin será un Ultimo Evangelio, un volver al principio. Cuando una voz susurre "Sal de este mundo", la voz del Padre dirá: "Hijo mío, ven a mí".

Hemos sido enviados a este mundo como hijos de Dios para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Debemos ocupar nuestro puesto a los pies de la Cruz, y como los que junto a ella estuvieron el primer día, habremos de dar cuenta de nuestra fidelidad. El Señor nos ha dado el trigo y las

uvas de la vida, y, como los hombres del Evangelio, a quienes se dieron los talentos, tendremos que dar cuenta de este don divino.

Dios nos ha dado nuestras vidas como trigo y uvas. Es nuestro deber consagrarlas y devolverlas a Dios como pan y vino, transustanciadas, divinizadas y espiritualizadas. Debemos llevar las gavillas en nuestros brazos pasada la primavera de la peregrinación terrena.

Para eso está el Calvario erigido en medio de nosotros, y para eso estamos nosotros en la colina sagrada. No hemos sido hechos para meros espectadores, que jugamos nuestros dados como los

verdugos de entonces, sino para ser participantes del misterio de la cruz.

Si hay algún modo de pintar el Juicio con trazos de la Misa, será describiendo la manera como el Padre felicitó a su Hijo; esto es, recreándose en sus manos. Llevaban la señal del trabajo, los callos de la redención, las llagas salvadoras. Así también cuando haya terminado nuestra peregrinación terrena y volvamos a nuestro principio, Dios mirará nuestras dos manos. Si en la vida se juntaron con las de su Divino Hijo, llevarán las mismas marcas lívidas de los clavos; si nuestros pies caminaron el mismo camino que lleva a la eternal gloria, a través de un descar-

nado y espinoso Calvario, ostentarán las mismas llagas; si nuestros corazones latieron al unísono con el suyo, también mostrarán el costado herido que atravesó la dura lanza de la envidia humana.

¡Dichosos, sin duda, aquellos que en sus manos estigmatizadas llevan el pan y el vino de sus vidas consagradas, subscritas con la firma y selladas con el sello del amor redentor! Pero ¡ay de aquellos que vienen del Calvario con las manos blancas y sin la menor herida...!

¡Quiera Dios que cuando acabe la vida, y la tierra se desvanezca como el sueño de quien despierta, y la eternidad anegue nuestras almas con

sus resplandores, podemos con fe humilde y triunfante hacer resonar el eco de la Última Palabra de Cristo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"!

Y así termina la Misa de Cristo. El *Confiteor* fue su oración al Padre por el perdón de nuestros pecados; el *Ofertorio* fue la presentación de las pequeñas hostias del ladrón y nuestras en la patena de la Cruz; el *Sanctus* fue su encomendarnos a María, la Reina de los Santos; la *Consagración* fue la separación de la Sangre de su Cuerpo y la separación aparente entre su Divinidad y su Humanidad; la *Comunión* fue su sede de las almas de los hombres; el *Ite Missa est*

fue la perfección de la Obra de la Salvación; y el *Ultimo Evangelio* el retorno al Padre, de donde vino.

Y ahora que se acabó la misa y ha entregado su espíritu al Padre se dispone a devolver su Cuerpo a su Madre Bendita a los pies de la Cruz. Así nuevamente el fin será el principio; porque en el principio de su vida terrena ella le meció en sus brazos en Belén y ahora en el Calvario El ocupará de nuevo su puesto en ellos.

La tierra había sido cruel con El. Sus pies corrieron tras la oveja perdida y nosotros los horadamos con acero; sus manos nos alargaron el Pan de la eterna vida y nosotros las fijamos

con clavos; sus labios hablaron la verdad y nosotros los sellamos con hiel; vino a darnos la Vida y nosotros se la quitamos. Ese fue nuestro error capital. Nosotros en realidad no se la quitamos. Nosotros tan sólo tratamos de quitársela. El fue el que espontáneamente la dio. En ninguna parte dicen los Evangelistas que El murió. Dicen: "Entregó su espíritu". Fue una voluntaria y libre donación de la vida.

No era la muerte la que se acercó a El, fue El quien se acercó a la muerte. Por eso, al aproximarse el fin, mandó a las puertas de la muerte abrirse para El en la presencia del Padre. El cáliz se está vaciando gradualmente del rico vi-

no de la salvación. Las rocas de la tierra abren sus agrietados labios para beber, como si estuvieran más sedientas de las aguas salvadoras que los secos corazones de los hombres; la tierra misma se estremece de horror, porque los hombres han levantado la Cruz de Dios sobre ella. La Magdalena, conforme a su costumbre, se arroja a sus pies, donde la hallará también la aurora de Pascua; Juan, con el rostro transfigurado como moldeado en el amor, oye los latidos del Corazón cuyos secretos aprendió, amó y enseñó; María medita el abismo entre el Calvario y Belén...

Hace treinta y tres años María contemplaba

este Sagrado Rostro; ahora es El quien la contempla a ella. En Belén los cielos habían buscado la faz de la tierra. Ahora los papeles se han cambiado: El suelo busca la faz del cielo; pero de un cielo marcado con las cicatrices de la tierra. El la amaba sobre todas las criaturas del mundo, porque era su Madre y la madre de todos nosotros. Fue para ella su primera mirada al venir a la tierra y sería para ella la última mirada al abandonarla. Se encontraron sus ojos con mirada fulgurante de vida y hablaron su lenguaje propio. Hay rompimiento del corazón a través de un éxtasis de amor, luego una cabeza inclinada, un corazón destrozado. En las manos de Dios

El entrega, puro e inocente, su espíritu con una voz fuerte y sonora que canta eternal victoria. Y María en pie, sola; ¡Madre sin Hijo! ¡Jesús ha muerto!

María contempla sus ojos, que son tan claros aun en presencia de la muerte: “Sumo Sacerdote del Cielo y de la tierra. Vuestra misa ha concluído. Dejad el altar de la cruz y entrad en vuestro Santuario. Como Sumo Sacerdote vinisteis del Santuario del cielo, ataviado con las ropas de la humanidad, vistiendo el cuerpo como pan y la sangre como vino”.

“Ahora ha terminado el Sacrificio. Sonó la campana de la Consagración. Ofrecisteis vuestro

Espíritu al Padre y vuestro Cuerpo y Sangre al hombre. No queda otra cosa que el cáliz vacío. Entrad de nuevo en vuestro Santuario del cielo. Despojaos de las vestiduras de la mortalidad y poneos las blancas ropas de la inmortalidad. Mostrad vuestras manos, pies y costado a vuestro Padre Celestial y decidle: Con estas heridas fui llagado en la Casa de los que me amaban”.

“Entrad, Sumo Sacerdote, en vuestro celestial Santuario; y, como vuestros embajadores de la tierra levantan en alto el Pan y el Vino, así Vos mostraos a Vuestro Padre en amorosa intercesión por nosotros hasta la consumación de los siglos. La tierra ha sido cruel con Vos, pero Vos

seréis bueno con la tierra. La tierra os levantó en la cruz, pero Vos atraeréis a la Cruz la tierra. Abrid la puerta de la celestial sacristía, oh Sumo Sacerdote. He aquí que somos nosotros ahora los que estamos a la puerta y llamamos...”

“¿Y qué diremos a Vos, oh María? María, Vos sois *el Ministro* del gran Sacerdote. Vos fuisteis su Ministro en Belén cuando vino a Vos como trigo y racimo, en la gruta de Belén. Vos fuisteis su Ministro en la Cruz cuando se convirtió en pan y en vino por medio de su Crucifixión. Vos sois su Ministro ahora, cuando él llega del altar de la cruz trayendo tan sólo el cáliz vacío de su sagrado Cuerpo”.

“Cuando el cáliz es colocado en vuestro regazo puede parecer que Belén ha vuelto de nuevo porque es aún vuestro. Pero sólo lo parece, porque en Belén era el cáliz cuyo oro tenía que ser probado por el fuego; y ahora es el cáliz cuyo oro ha pasado por los fuegos del Gólgota y del Calvario. En Belén era blanco, como salió del Padre, y ahora es rojo como vuelve de nosotros. Pero Vos sois todavía su Ministro. Y, como Inmaculada Madre de todas las víctimas que van al altar, llevadnos a él puros y conservadnos puros hasta el día en que entremos también en el Santuario del Reino de los Cielos, donde Vos seréis nuestro eterno Ministro y El será nuestro

eterno Sacerdote”.

Y ahora me dirijo a vosotros, amigos del Crucificado: vuestro Sumo Sacerdote ha bajado de la cruz, pero nos ha dejado el altar. En la Cruz estaba solo; en la Misa está con nosotros. En la Cruz sufrió en su cuerpo físico; en el altar sufre en su Cuerpo Místico, que somos nosotros. En la Cruz fue la única Víctima; en el altar somos nosotros las pequeñas hostias y El la grande, renovando su Calvario a través de nosotros. En la Cruz fue el vino, y en la Misa somos las gotas de agua unidas con el vino y consagradas con El. En este sentido El sigue todavía en la cruz, todavía diciendo su Confiteor con nosotros, to-

davía perdonándonos, todavía encomendándonos a María, todavía sediento de nosotros, todavía acercándonos al Padre; porque tanto como dure el pecado en la tierra quiere El que permanezca la Cruz.

Cuando en torno el silencio me recubre en las horas del día o de la noche, resuena un grito que me pone tenso, clamor que rueda de la Cruz del Monte. La vez primera que me hiere, vuelo, ansioso busco, y sólo encuentro un Hombre en congojas de Cruz.

“Te voy a liberar de tus horrores”, le grito, y corro a desclavar sus pies. Mas al punto su voz me sobrecoige:

“¡No! Déjame en la Cruz.
Cuando todos los hombres,
las mujeres, los niños,
a mis pies se congreguen, sólo entonces
me podrán desclavar.”

Grito: “Mas soportar tus clamores...
no resisto. ¿En qué puedo di, aliviarte?”
Y escucho: “Vete, tierra y mar recorre,
y di a todo mortal en tu camino:
¡En la Cruz pende un Hombre!”

ELISABETH CHANEY.

A. M. D. G.